

## ESPAÑA COMO INVENTO

sin quitarse la boina, Valle-Inclán imitando (superando) genialmente a D'Annunzio, Romero de Torres ensayando un parnasianismo gitano, cordobés y de provincias, la gente escribiendo en los cafés, de Cavia a Ruano, la continua «chapuza» periodística del 98, la generación de Ortega y la «escuela romana del Pirineo», autogiros y submarinos, la oftalmología catalana, a despecho de la oftalmología del seguro, el decorativismo delirante de Anglada Camarasa, que ahora se sabe estaba tomado



Eugenio D'Ors.

de la abstracción de Kandinsky (y que es citado con elogio por Paul Klee), las angeologías apócrifas de d'Ors y Cunqueiro, que están supliendo poéticamente, en la derecha, una teología rigurosa. Etcétera.

España es un ecétera de Europa. José Carlos Mainer acaba de publicar *La Edad de Plata*, que comprende todo el regeneracionismo español, del fin de siglo a la guerra civil, de la Institución a los políticos y poetas de la República. Vemos en su admirable libro que la Edad de Plata, como antes la de Oro, está hecha en nuestra cultura por bohemios, parásitos, solitarios, misóginos y gentes que viven del mecenazgo de la política, la Prensa, la Iglesia (cualquier Iglesia) y la burocracia. (A Baroja le divertía mucho contar que Valle-Inclán tenía un empleo). Así, nuestras Edades de Oro o de Plata resultan brillantes y fugaces.

Quisiéramos, sencillamente, una duradera Edad de Luz. ■ F. U.

# ESPAÑA COMO PALO ENJABONADO

MANUEL VICENT

**E**l lloriqueo sobre España se ha convertido en un género literario. Desde los tiempos de la Ilustración, en el siglo XVIII hasta nuestros días, cuando a un escritor no se le ocurre nada, coge la esencia de España y le retuerce el pescuezo. Es un tema muy agradecido que enlaza por una parte con los misterios del ser y por otra con el masoquismo de la calle. Así lentamente en 200 años se ha formado una literatura lacrimosa sobre el cadáver de la patria. El duelo no lleva trazas de amainar.

A estas alturas todavía está bien visto preguntarse qué es España. Los ilustrados del siglo XVIII en su intimidad se sentían avergonzados de ser españoles y se disfrazaron de franceses. En el siglo XIX los regeneracionistas importaron de Alemania el moralismo filosófico del krausismo como una capa de terciopelo para cubrirse la miseria nacional. La generación del 98 achacó todos los males del país a la fisiología de la raza. Los señoritos intelectuales de 1914 se vistieron de ingleses. El grupo del 27 se refugió bajo las sayas de Góngora y desde allí soñaba en el Barrio Latino de París. A José Antonio Primo de Rivera le dolía España. A mí ya no. A mí me dolía a los 18 años, cuando aún no sabía que España tiene alma de Hidroeléctrica, que la esencia de la patria viene explicada en el recibo de la luz.

Los escritores españoles tienen un

punto en común. Al escribir sobre España se convierten todos al romanticismo. Lloran, se exaltan, hacen vaticinios, diagnostican, proponen remedios, recomiendan cirujanos de hierro. Ningún país como este tiene tanta gente que lo quiera salvar con sonetos, pistolas, artículos, cañones y discursos. Los norteamericanos, los ingleses, los franceses, los alemanes, los holandeses, los suecos nunca escriben de su patria como una entidad distinta de sus propios habitantes. Para el escritor español es una matrona visible y enferma, a la que hay que curar.

Los eruditos se pelean furiosamente entre sí a la hora de discernir nuestro ser nacional. Un odio casi teológico invade a los historialores en el fregado de judíos, moros y cristianos. Unos dicen que no hay España. Otros piensan que hay dos. Este avispero ha sido avivado ahora con la cuestión de las autonomías, de modo que el sagrado nombre de España está en todas las gargantas. Incluso el idioma castellano no parece estructurado para analizar pequeños problemas privados o asuntos individuales, sino que está fabricado para ensalivar profundas cuestiones de ser o no ser.

Cuando otros países se dedican a hacer microtecnología multinacional sin preocuparse de temas filosóficos acerca de su propio origen, que estudiaron en la primera lección de historia y la coca-cola está en trance de unificar el mundo y los satélites artificiales desde el espacio son capaces de espiarnos el plato de sopa, aquí estamos embarrados todavía en temas de patriotismo, en problemas de supervi-





**«Cuando yo era niño,  
la patria venía pintada  
en el libro donde se  
veía a una matrona  
entrada en carnes con  
túnica, bandera y  
corona, con un león en  
el calcañar y la  
pechuga de cantante de  
ópera.»**

refulgente de sol con una calavera y dos libias cruzadas que indican peligro de muerte a cuantos se le acercan, con cables de alta tensión que abrasan a los pajaritos y abajo, acolado por un cordón de terciopelo, un espacio sagrado donde se saludan cortesmente descapullándose el bombín veinte familias ilustres. El recibo de la luz es el libreto que explica la filosofía de esta falla. Se trata de una teoría de la España de derechas.

Pasó el tiempo y me hice todavía más mayor si cabe. Fue el momento en que imaginé la teoría de España desde el punto de vista de la izquierda. En este aspecto la patria es un palo enjabonado que exhibe en la punta un pollo atado. El deporte nacional consiste en subir con cara de circunstancias por ese palo mientras el personal te tira por la pernera y se establece un coro de risas abajo en la plaza. España es exactamente ese pollo que se ofrece como premio a los esforzados patriotas de izquierdas, un regalo de feria para cuantos se aprestan al escarreo público con el pecho y la tripa embadurnados de tierra y se atreven a ascender abrazados a una superficie de sebo.

Después viene el sentido común con una explicación más sencilla. España es la reunión de 38 millones de seres encerrados en un territorio soleado a la sombra de una torre de la hidroeléctrica y de un palo enjabonado. No hay más literatura. Ese lloriqueo convertido en género para escritores patriotas está de más. No hay que llorar. Felizmente a España no hay quien la salve. Esta demostrado. ■

vencia metafísica. ¿Quiénes somos los españoles; ¿de dónde venimos; ¿a dónde vamos? Por mi parte confieso que no lo sé ni me importa. En este sentido la izquierda se comporta como José Antonio Primo de Rivera en negativo. A la izquierda también le duele España. Qué lata. Y entre todos la casa sin barrer.

Como se trata de seguir la corriente no habrá más remedio que exponer una teoría. Yo creo que el alma de España es exactamente una torre metálica de la Hidroeléctrica rodeada de veinte familias con bombín y lazo de Isabel la Católica. Cuando yo iba a la escuela no tenía el mínimo problema

en este sentido. La patria venía pintada en el libro donde se veía a una matrona entrada en carnes con túnica, bandera y corona, con un león en el calcañar y la pechuga de cantante de ópera. Después, en uno de mis viajes de niño a la capital vi una estatua de mármol que era clavada a una tía mía, de la que estaba enamorado. También se parecía a la imagen del libro escolar. Así me formé en mi tierna infancia un complejo freudiano muy enrevesado y llegué a la conclusión de que España era de mi familia. Al hacerse mayor cambié de parecer. Entonces esbocé la teoría hidroeléctrica de la patria, una bella torre metálica